

ejercicio de la voluntad, ni de la inteligencia ni de la emoción. Nos dispensamos, por eso, de su inclusión entre los autores citados.

Para los críticos literarios esas historias deben estudiarse en capítulo especial, consagrado al regionalismo y a los temas de aventuras. Así, desde luego, *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera; *Das Urwaldschiff, ein Buch von Amazonerstrom* (1929), de Arnold Höllriegel; *A selva* (1930), de Ferreira de Castro; *Canaima* (1935), de Rómulo Gallegos; *Das Land ohne Tod* (1937), de A. Döblin. En todas esas novelas la ficción se mezcla a las ciencias naturales, a la historia y a la cartografía, a la epopeya y al mito, a la sociología, al costumbrismo, al indianismo y al indigenismo. Entre sus autores, que se recuerde, sólo Hudson y Döblin (tal vez por profesar una forma de utopismo al modo de Rousseau) han visto en la selva el paraíso perdido, la soñada Edad de Oro de la felicidad y de la paz, el *beatius ille* de la Antigüedad clásica.

Naturalista sensible, adepto del campo y de la libertad, *Green Mansions* (12) sirvió al escritor inglés de protesta contra la civilización corrupta que encuentra en la ciudad su mejor expresión. Döblin, informado por serias investigaciones en la Biblioteca Nacional de París —de 1934 a 1937—, presenta una visión exuberante de la naturaleza americana. Al abrigo del mito aborígen de la existencia de un país edénico, situado en la dirección del sol poniente, imagina la tierra sin muerte, *Das Land ohne Tod*, donde crece el árbol de la vida y de donde se han eliminado, para siempre, el trabajo, el sufrimiento y la maldad. Arnold Höllriegel se vale de la expedición del conquistador Orellana para recorrer todo el valle amazónico. Recupera en su novela, para el expresionismo alemán, el escenario exótico, la historia y la mitología de la tierra de las Amazonas.

Bien distinta de la de esos libros es la visión de Rivera, de Ferreira de Castro y de Gallegos. Su compromiso es con la selva —*la selva oscura*— y con la vida de sus habitantes, transitorios o permanentes.

Ferreira de Castro, que frecuentó la floresta, adolescente aún, como inmigrante, explica: *Ali, tudo perdía as proporções normais. O'hos que enfiassem pela primeira vez no vasto panorama, recuavam logo sob a sensação pesada do absoluto, que dir-se-ia haver presidido à formação daquele mundo* (13). Rómulo Gallegos, en *Canaima*, habla del curso de los grandes ríos de Guayana y del laberinto fluvial que invade el bosque intrincado en cuyos *igarapés* sólo se aventuran los

(12) *Mansiones verdes*, en la traducción española. Fue transformado en película, en versión americana y con música de Villa-Lobos, el compositor brasileño.

(13) Ferreira de Castro: *A selva*, in *Obra completa*, Río de Janeiro, Editora José Aguilar, 1958, vol. I, cap. IV, p. 125.

*rumberos* o *baqueanos*. El «racional», inhábil y despreparado, difícilmente logra sobrevivir al asalto de las fuerzas naturales, frente a las cuales se evidencia su debilidad. Lo atraen, fatalmente, los abismos del pánico. La emoción del miedo, frente a miles de pupilas asombradas que lo contemplan dentro de la noche eterna, hecha de hojas y ramajes y copas espesas, acaba por desesperarlo. Y es el miedo que le desmoraliza la voluntad, le confunde la razón y, por fin, lo enloquece. El protagonista de *Canaima*, Marcos Vargas, sólo llega a vencer los maleficios de la selva gracias a una tormentosa iniciación a ese mundo abismal. Pero todo aquel que transpone sus límites empieza a ser, nos asegura Gallegos, «algo más algo menos que hombre» (14). Realmente, José Eustasio Rivera, que conoció *de visu* la Amazonia, que ha logrado atravesar los frágiles límites de la razón en el delirio de la fiebre intermitente, proyectó, en sus criaturas, la experiencia inolvidable. Los tipos descritos en *La vorágine* (15) son, lo sentimos, «algo más algo menos que hombres»: son seres más allá del bien y del mal.

Uno de sus personajes más admirables, Clemente Silva (su nombre, Clemente, lo identifica como aquel que pide clemencia y su apellido, Silva, lo sitúa en su circunstancia, la selva), declara: «Yo he sido cauchero, ¡yo soy cauchero! Viví entre fangosos rebalses, en la soledad de las montañas, con mi cuadrilla de hombres palúdicos, picando la corteza de unos árboles que tienen sangre blanca, como los dioses.

A mil leguas del hogar donde nací maldije los recuerdos porque todos son tristes: ¡el de los padres, que envejecieron en la pobreza esperando apoyo del hijo ausente; el de las hermanas, de belleza

---

(14) Rómulo Gallegos: *Canaima*, 6.ª ed., Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Colección Austral, 1951, cap. XII, p. 162.

(15) *La vorágine*, de José Eustasio Rivera (Neiva, Colombia, 1888-1928, Nova-Iorque), publicó en Bogotá en 1924, poco después de la divulgación de dos artículos del autor sobre las miserables condiciones de vida de los caucheros colombianos en la selva amazónica (cf. «La concesión Arana y los asuntos con Venezuela», en *El Espectador*, 26-V-1924, y falsos postulados nacionales», en *El Nuevo Tiempo*, 28-VIII-1924). En 1922, como secretario de una de las comisiones de demarcación de fronteras entre Colombia y Venezuela, José Eustasio Rivera había visitado toda la región bañada por el Orinoco hasta Ciudad Bolívar y atravesado los llanos hasta San Fernando de Atabapo. Atacado por el paludismo, permaneció algún tiempo en Yavita, de donde pasó a Maroa y Victorino. Bajó en seguida al valle de los ríos Negro y Casiquiare. Concluyó su misión en el Brasil, en Manaos. A la vista de las atrocidades cometidas por la Casa Arana, el escritor, indignado, presentó una denuncia contundente al gobierno de su país. Los autos, extensamente documentados, tornaron públicas las actividades ilegales del comercio del caucho y la explotación inhumana de la mano de obra. Gracias a la defensa eficaz de los intereses nacionales, Rivera fue nombrado, en 1925, miembro de la Comisión Investigadora encargada de estudiar los crímenes practicados contra la economía colombiana. En los Estados Unidos, en el desempeño de sus funciones, falleció a consecuencia de una hemorragia cerebral causada por la malaria contraída durante su permanencia en la selva. Dos obras le aseguran la posteridad literaria: *Tierra de promisión* (versos), de 1921, y *La vorágine*.

núbil, que sonrían a las decepciones, sin que la fortuna mude el ceño, sin que el hermano les lleve el oro restaurador!

A menudo, al clavar la hachuela en el tronco vivo sentí deseo de descargarla contra mi propia mano, que tocó las monedas sin atraparlas; [...] Y sin pensar que tantas gentes en esta selva están soportando igual dolor!

.....

El que logró entrever la vida feliz no ha tenido con qué comprarla [...]; el que intentó elevarse, cayó vencido, ante los magnates indiferentes, tan impasibles como estos árboles que nos miran languidecer de fiebres y de hambre entre sanguijuelas y hormigas!» (16).

Se instaura en la novela de Rivera el proceso de la selva. No leemos, a la entrada de la floresta áspera y fuerte, las «palabras oscuras» del poema de Dante, *Lasclate ogni speranza voi ch'entrate!* El vértigo del abismo, la ambición del lucro, el llamado de lo desconocido cogen al incauto viajero, atento apenas a sus intereses mediocres. A poco y poco lo envuelve la naturaleza inexorable. Inútil se hace, a mengua de cualquier recurso, toda tentativa de libertación.

«¡Déjame huir, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad! ¡Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas!», gime el pobre condenado. «¡Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esa ruta de lágrimas y sangre, que recorrí en nefando día!» (17), suplica sin respuesta. Además de la esclavitud al trabajo o a sus empresarios —señores de todo y de todos— hay la esclavitud a la selva, tiránica, implacable, devoradora. A la vorágine de la selva nadie escapa.

Una confesión abre la novela de Rivera: «Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia» (18). Frente al reto del destino, el autor ofrece al protagonista, *nel mezzo del cammin*, la evasiva de la violencia de la selva. Bajo el signo del juego —azar, sino— se cumple el tránsito de Arturo Cova y Alicia, su amante. La trama obedece, como en los libros viajes, a las solicitaciones de la emergencia. Durante la travesía, cada paso supone pérdida de derechos, sumisión, alienación a la floresta y a sus demiurgos. El «racional» —título con que se nombra al civilizado, blanco en general—, destituido de su condición humana, herido y disminuido, recupera, insensiblemente, sin darse por eso,

(16) *La vorágine*, 6.ª ed., Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1952, p. 169.

(17) *Id.*, *ibidem*, p. 96.

(18) *Id.*, *ibidem*, p. 11.